



Crónicas Liceo Octavio Paz

Dirección: Camilo Abril Leal

Aprender a soltar entre botellas

Sara Sofía Lozano León

Grado décimo

Desde que nací, estuve en una familia donde la prioridad era la cerveza. Muchas veces los veía sufriendo por dinero, pero en aquella casa de Bosa que construyó mi abuelo, pasaban sus penas entre botellas. Cuando una gota de alcohol entraba en ellos, discutían sobre cosas del pasado, resentimientos sobre infidelidades o temas que hacían dudar de la verdad; conversaciones que siempre terminaban en gritos y lágrimas y, de vez en cuando, en golpes y amenazas. Mis tíos y mi madre vivieron en ese ambiente por años, el cual se mantiene hasta la actualidad.

A mis tíos les marcó ese entorno donde la cerveza era la prioridad de mis abuelos. Aun así, crecieron y estudiaron. Mi tío Stiven, formó su propia familia y se fue al barrio Galán, a la casa de los padres

de su pareja. Más tarde nació mi prima Samantha, una niña a quien mi tío, por el trauma de no haber tenido nada de pequeño debido a la preferencia de sus padres por el licor, le dio todo lo que pudo.

Por otra parte, esta mi mamá, quien permaneció junto a mis abuelos. A diferencia de mi tío Stiven, mi papá fue quien decidió ir a vivir a la casa donde crecí. Mi mamá quedó embarazada a los veinte años y fue ahí cuando llegué al mundo. Fui la primera nieta, sobrina e hija en ambas familias, pero no tuve la misma suerte de Samantha; mis papás apenas eran unos niños y decidieron no estudiar. Por último, está mi tío Beimar, el mayor de todos; él se enfocó en sus estudios, logró lo que quería y, en 2018, junto con mi madrina, se fue de la casa.

Debido a la gran diferencia económica y de atención, crecí con un resentimiento hacia mi prima; la menosprecié y traté mal cada vez que se me permitía hacerlo. Sin embargo, encontré un problema más grande que me marcaría significativamente: el contraste entre tenerlo todo y no tener nada, una gran diferencia entre Samantha y yo. A pesar del esfuerzo que hacía para que me dieran las cosas, no las recibía, mientras veía cómo a Samantha se las daban sin esfuerzo alguno. Sin importar la situación, yo solo quería tenerlo todo, pero ¿qué era tenerlo todo?

Nunca pude resolver esa pregunta, pero a través de la búsqueda de aceptación pensé que podía hacerme notar y obtener algún fruto de mi esfuerzo. Sin embargo, de nuevo, para todos era más importante una cerveza y todo lo que

yo hacía quedaba en nada, mientras que Samantha, sin importar lo que hiciera, lo tenía todo.

A partir de estas vivencias, mi personalidad se volvió bastante clara: busco la perfección en todo y la aceptación de las personas, porque siento que sin eso nada está bien. Por otro lado, la ausencia de mi papá y la influencia del alcohol en mi familia provocaron que tuviera un odio y un resentimiento inmenso hacia ese entorno. Decidí dejar de darle importancia a ese tema, ya que me generaba un estrés que me hacía actuar inadecuadamente con quienes me rodeaban, y opté por aceptar que esta era mi vida. Aun así, reconozco que todos estos sucesos afectaron negativamente lo que soy ahora, pues me volvieron una persona hiriente y rencorosa con quienes percibo que me hacen daño.





Aprendí a no temblar

Johan Gabriel Gómez Cendales

Grado décimo

Nunca olvidaré aquella fría noche en la que tuve mucho miedo, pero decidí ser valiente. Siempre he tenido una muy mala relación con mi padre; él decidió irse cuando yo era muy pequeño. Por eso crecí con mi madre y mi hermano mayor. A pesar de que mi padre no estuvo, mi hermano fue como una figura paterna para mí, mi pilar y apoyo. Él siempre ha estado para mí como un padre; sin embargo, siempre me pregunté: ¿por qué decidió irse?, ¿por qué él es así?, ¿no soy importante para él?, ¿será que no le importo?

Desde que tengo memoria vivo con ellos dos y, la verdad, es mejor así. Él es alcohólico y muy agresivo. Mi familia me contaba que malgastaba el dinero y golpeaba a mi madre y a mi hermano; no tengo memoria de esto ya que era tan solo un bebé, pero no me cabe duda de que era un monstruo. Recuerdo que cuando iba al colegio, en la primaria, me preguntaban: "¿Usted no tiene papá?". Incluso, una vez le dije a mi

madre que volviera con mi padre porque yo quería tener uno.

Hace tres años la esposa de mi papá murió. Era una mujer muy trabajadora y bondadosa, rubia y muy linda. Falleció justo dos días después de mi cumpleaños, sin saber que eso cambiaría mi vida. Mi padre estaba muy mal, pues era una relación de nueve años. Incluso estuvimos unos días con mi hermanastro, que estaba aún peor. Tras el entierro, mi hermanastro se fue con su familia materna y mi padre se quedó unos días en nuestra casa. Ahí surgió la idea de que yo viviera unos meses con él para que no estuviera solo.

Acepté por lástima, pero fue la peor decisión de mi vida. Estuve allí cuatro meses que fueron un infierno. Él bebía cada noche y llegaba a insultarme; me decía que yo no era su hijo, que era un error y que ojalá nunca hubiera nacido. Un día, mi madre fue a visitarme y él, en su estado de embriaguez, empezó a



gritarle. La tensión subía y yo veía cómo él se acercaba a ella de forma amenazante.

Recuerdo que estábamos en el comedor. La luz amarillenta iluminaba la mesa y eso me recordó una vez que él peleó con mi madrastra muy fuerte y el piso quedó lleno de sangre. Pensé que eso mismo le podría pasar a mi mamá, la persona que más amo. No me importó ser pequeño y débil; me paré, lo empujé y me puse en su contra con mucho miedo. Pero valiente no es aquel que no tiene miedo, sino quien se arriesga a hacer algo teniéndolo. Él me empujó, pero no me caí. Cuando vi que mi madre ya había salido, yo también salí con ella. En ese momento llegó mucha familia y yo sentía mucha adrenalina.

Al final del día me fui con mi madre. Recuerdo cómo la sensación de estrés subía por mis piernas hasta mi cabeza; jamás había sentido tanta

rabia. Recuerdo la impotencia de no poder pelear justamente contra él y que, además, llegara toda mi familia a apoyar a ese monstruo.

Una vez con mi madre, regresé a mi casa materna. Ella se veía tan hermosa; yo sé que tenía mucho miedo, sin embargo, no quería parecer débil conmigo al lado. Ella es la mujer que más amo en el mundo y no dudaría en dar mi vida por ella. Después fui por mis cosas como un ladrón mientras él trabajaba; sin hacer daño, simplemente me estaba yendo. Así cerré una etapa inolvidable en mi vida. Esta experiencia me marcó e hizo quien soy. No sé si algún día podré sanar eso y perdonar al hombre que tanto daño ha hecho a mi madre, a mi hermano y a mí. A ese hombre viejo y egoísta. Sin duda alguna, me hubiera gustado tener un padre presente, pero comprendí que las peores cicatrices están en el interior.



La despedida y el regreso de la nueva era

Valeri Sofía López Amariles
Grado décimo

Todo empieza en el 2024, un sábado, un día normal. Yo estaba entrenando voleibol, pero en los últimos entrenamientos no me había ido tan bien y era frustrante. La verdad, ese sábado fue la gota que derramó el vaso; no me salía nada y tomé la decisión de dejar el voleibol.

Ese día llegué a mi casa y le conté a mi mamá la decisión que había tomado. Ella quedó sorprendida, pero no me quiso decir nada. En ese entonces no pensé que me afectaría, pero esas risas, esos regaños y esos momentos inolvidables en los entrenamientos empezaron a generar nostalgia en mí. Comencé a arrepentirme, aunque no pensaba volver.

Pasaron dos días y ya nada era normal; todo me hacía falta. Entonces mi mamá y mi papá se me acercaron y me dijeron:

—Está bien que te hayas salido, pero ya se nota la falta que te hace —dijo mamá.

—Sé que es frustrante, pero es normal fallar —agregó papá.

Sentí que algo me llamaba a volver, como una voz que decía: “tú puedes, te necesitan”. Pero yo seguía cerrada a regresar al voleibol y no podía controlar la frustración. Hasta que un día alguien tocó la puerta.

—¡Toc, toc!

—¿Quién es? —pregunté con un tono suave.

—Alguien que quiere que vuelvas con nosotras —respondió una voz al otro lado de la puerta.

Cuando abrí, no lo podía creer.

—¿Tú qué haces aquí?

—Vine para que volvieras —dijo mi capitana.

—¿Volver a dónde? —pregunté, tratando de ocultar mi interés.

Ella entró y se sentó conmigo. Tras un momento de silencio, me dijo:

—Si de verdad no te importara, no estarías aquí buscándome. Desde que me fui, se siente un vacío; los extraño todos los días.

En ese momento comencé a llorar. Sí las extrañaba, sí quería volver, pero tenía miedo de fallar otra vez.

—No voy a volver. Ya tomé una decisión. Por más que me hagan falta, no quiero volver a sentir que no sirvo.

Ella se levantó y, antes de irse, solo dijo:

—Si quieres volver, te estaremos esperando con los brazos abiertos.

Regresé con mi madre y le dije:

—Voy a volver al voleibol, pero a otro club.

—Está bien, si eso es lo que quieres —respondió ella con apoyo.

Cuando entré al otro club, todo se sentía raro. Sin embargo, un día mi entrenadora me dijo:

—Vale, buenas noticias. Un club quiere hacer un intercambio contigo, y es un club muy bueno.

—¿De verdad? ¡Qué felicidad! —respondí emocionada.

Cuando llegué a ese nuevo club, mis antiguas compañeras se quedaron sin palabras. Al verme, corrieron a abrazarme.

—¡Volviste! —decían con alegría.

—Sí, volví y no me volveré a ir, lo prometo —respondí.

Mi capitana me abrazó tan fuerte que, entre sus brazos, sentí que me decía: “te esperé por mucho tiempo y te extrañé demasiado”. Aprendí que no debo dejar lo que realmente amo por un momento de frustración; que es normal fallar y que tener personas que te apoyan y quieren lo mejor para ti es algo sumamente valioso. Hoy en día entiendo que también es importante descansar, aprender de los errores y seguir adelante.



La ausencia marca de por vida

Juan Pablo Morales Triviño
Grado décimo

Yo nací el 19 de septiembre de 2011, momento en el que mis padres aún estaban juntos. Durante mis primeros años, mi familia parecía estar bien y yo crecía en un ambiente tranquilo. Sin embargo, al cumplir los dos años, debido a problemas familiares, mis padres decidieron separarse, marcando el inicio de una nueva etapa en mi vida. Desde entonces, crecí al lado de mi madre, Johanna, una mujer guerrera, trabajadora y honesta que siempre ha luchado por darme lo mejor.

Físicamente, ella es una mujer de aproximadamente 1.60 de estatura, de piel blanca, tiene 36 años, el cabello negro, no muy largo y ligeramente crespo, que casi siempre lleva suelto. Su rostro es ovalado, con ojos oscuros que reflejan una mirada muy dulce; sus cejas son delgadas y su nariz es recta. Suele mantener una expresión serena y sociable, aunque su rostro también deja ver un carácter fuerte. Tiene hoyuelos en sus mejillas que resaltan cuando sonríe; viste de

manera sencilla, acorde a su personalidad, y su voz es fuerte, lo que refleja seguridad y firmeza.

En mi infancia, yo era un niño muy alegre, pero con el paso del tiempo comenzaron a surgir preguntas sobre la ausencia de mi padre: ¿por qué no estaba?, ¿dónde se encontraba?, ¿por qué no regresaba? Esas dudas empezaron a ocupar un lugar importante en mi mente. Aunque mi madre siempre ha intentado que no me enfoque en esa ausencia, yo siento un vacío que nadie ha podido llenar. Mi mamá es una mujer increíble que me lo ha dado todo, y no la culpo por haberse separado de mi padre; entiendo que cada persona vive las cosas de manera diferente. Sin embargo, también he tenido que enfrentar situaciones difíciles que han dejado huellas profundas en mí, momentos que no se borran con el tiempo y que, de alguna manera, aún me persiguen en silencio.

Han sido experiencias que me obligaron a crecer antes de lo que esperaba, llevándome a tomar decisiones apresuradas y, en ocasiones, equivocadas. Me he equivocado más de lo que quisiera admitir y hay elecciones que todavía pesan en mi conciencia; recuerdo constantemente lo que pudo haber sido diferente. No obstante, en medio de ese arrepentimiento, también he aprendido a no quedarme detenido en el pasado. Sigo avanzando, cargando con mis errores, pero intentando transformarlos en lecciones que me permitan ser una mejor versión de mí mismo.



Hoy en día, ese vacío sigue presente. Cuando veo a otras personas con sus padres, siento una nostalgia difícil de explicar, pero la guardo para mí porque pienso que, como hombre, no debo demostrar debilidad. Aunque hable con mi padre, reciba sus mensajes o su apoyo económico, sé que eso no reemplaza lo que realmente me ha hecho falta. Desde pequeño, lo único que he querido es tener a alguien que me apoye de verdad, alguien que esté ahí en todo momento. Y para mí, ese alguien deseado siempre ha sido mi padre. Este es un vacío que, aunque he aprendido a sobrellevar, sé que de alguna manera me acompañará siempre.



Religión

Evanyelith Vergara Díaz
Grado décimo

Una habitación desgastada, muy característica; en ella se encuentran dos camas casi juntas. No hay cocina, no hay sala. Solo una pequeña mesita de noche sirve como separación entre ambas camas y, arriba de esta, una Biblia. Familia religiosa. La casa está vacía; mis padres trabajando y mi hermana y yo, estudiando. No éramos las personas más sociables; sin embargo, a la hora del receso, nos quedábamos juntas.

Las horas pasan y la habitación permanece vacía hasta el anochecer. Mi hermana y yo somos las primeras en llenar ese vacío. Al entrar a esa habitación no hacíamos mucho, tal vez casi nada, solo lo que cualquier niña haría: cambiarse de ropa y pasar el resto de la noche jugando. Recuerdo nuestro peluche favorito, una especie de oso muy pequeño con la nariz alargada al que poníamos en múltiples situaciones.

La habitación solo cuenta con nuestra presencia mientras las horas

pasan y la noche se torna más oscura. Finalmente, mis padres llegan. Dependiendo del día, esto era negativo o positivo ya que, en algunos casos, mi madre llegaba cansada por causa del trabajo y, sobre todo, por pasar tiempo con su amante. Mi padre llegaba ebrio, mareado y actuando de manera irregular; siempre tomaba.

Discutían, solo que con una extraña diferencia a lo que conocemos como una discusión casual: el silencio. Nunca había gritos, nunca había golpes; solo un silencio abrumador que le afirmaba a cada niño que algo iba mal. Mamá no cocinaba, tal vez estaba demasiado cansada para hacerlo. Así que mi hermana y yo simplemente nos acostábamos.

En medio de la oscuridad, de ese silencio, yo buscaba la Biblia. La tomaba entre mis manos, cerraba los ojos y rezaba. Rezaba con una fe que solo un niño puede tener, con la



esperanza de que alguien allá arriba me escuchara.

—"Dios, por favor, solo quiero una cosa: que mis padres ya no discutan, que mis padres no se separen".

Esto, que era un gesto más que nada para protegerme, con el paso del tiempo se convirtió en una rutina. Esa desesperación se repetía cada noche con cada situación que iba mal. Y siempre pedía lo mismo, lo único que me hacía feliz en ese entonces. Hasta que un día las cosas simplemente fallaron; todo se quebró. El deseo no solo no se cumplió, sino que fue algo doloroso. Nunca cambió nada; las discusiones siguieron hasta que mi madre y mi padre se separaron. Esto me rompió.

Ver a mi padre llorar mientras tomaba y a mi madre insistiendo en que nos fuéramos con ella fue lo peor. Aún tengo esa imagen en mi cabeza; aún duele. Mi hermana

aceptó ir con mi madre y yo, por otro lado, le dije:

—"Mamá, acepto ir contigo solo si me prometes que no tendré otro papá".

—"Te lo prometo" —respondió ella.

Aunque, para mi desgracia, ese mismo día la promesa se rompió y llegamos a la casa de su amante. Una casa blanca, vacía, nueva. Lloré, lloré demasiado ese día. No podía aceptarlo, no lo asimilaba. Ese mismo día prometí una cosa: no volver a creer ni depender de un Dios, porque con ese hecho tan simple me di cuenta de que alguien externo no puede mejorar las cosas. Dejé de creer en la magia, en lo sobrenatural, y todo esto gracias al simple hecho de que el único deseo de mi "yo" de niña nunca se cumplió. Esta creencia y decepción fue aumentando con el paso del tiempo...



Si la vida tiene sentido, ¿la muerte puede arrebatárnoslo?

Diego Gibran Castaño Quintero
Grado décimo

Era una noche normal del 2020. Estábamos en el segundo piso de mi casa con mi mamá, mi tía, mi abuelo y mi primo menor. Mientras los adultos hablaban en la sala, absortos en su conversación sobre los problemas económicos y las deudas causadas por la pandemia, mi primo y yo jugábamos y bromeábamos como los niños que éramos, como si no tuviéramos ninguna otra preocupación salvo jugar, hacer tareas y dormir. Yo solía acostarme a las 8:30 p. m., pues tenía un horario estricto de sueño en esa época; sin embargo, entre la charla de los adultos y el juego, llegaron las 10:00 p. m. Mi mamá, al percatarse de la hora, decidió irse a dormir y llevarme con ella, ya que al día siguiente yo tenía clases virtuales y ella debía trabajar. Al llegar a la cama, mis párpados se sentían pesados, como si intentaran cargar un ladrillo, hasta que finalmente la somnolencia se apoderó de mí y caí en un profundo y tranquilo sueño.

Aproximadamente en la madrugada del día siguiente, me desperté mientras mi tía me llevaba en brazos. Me sentía desorientado, ya que me había despertado de forma repentina y ella no quería decirme qué estaba ocurriendo. Fui llevado al cuarto de mi primo mayor, quien en ese momento no estaba en la casa. Mi tía me acostó en la cama y dejó encendido el televisor, donde pasaban esas caricaturas clásicas que solo transmiten a esas horas. Recuerdo estar viendo los dibujos animados mientras pensaba en por qué me habían cambiado de habitación y por qué mi tía tenía los ojos rojos y brillantes, como si hubiera estado llorando.

De un momento a otro, comencé a llorar, como una mecha que había sido activada de repente. En ese momento, mi tía entró a la habitación y me vio; algo que hasta entonces solo había visto mi mamá por mis berrinches. Pero esta vez las lágrimas no eran de tristeza común;

eran como si estuviera soltando una carga que había retenido por horas. Aquella noche marcó el inicio de una profunda duda sobre la fragilidad de la vida.

Conforme pasaron los años, mi mentalidad cambió drásticamente. Pasé de ser el niño que obligaban a ir a la iglesia, creyente en Dios, a ser el niño, ya casi adolescente, ateo que cuestionaba todo. Tenía una mentalidad que podría llamarse pesimista, al decir que nada importaba porque en cualquier momento moriríamos y todo nuestro esfuerzo habría sido en vano.

Con el tiempo, esta mentalidad fue evolucionando y me di cuenta de que la muerte no es un castigo, sino un proceso natural de la vida que me negaba a aceptar. Recuerdo haber

vivido al menos dos años con episodios de ansiedad al pensar en la finitud de la existencia; pensaba que, si moría, no podría volver a jugar, a comer, a dormir y, sobre todo, a ver a mi familia. En esos momentos, llegaba llorando a los brazos de mi mamá buscando confort en medio de la tormenta que atravesaba mi cabeza, mientras ella me explicaba, día tras día, lo mismo, diciéndome una frase que me marcó para siempre:

“Hay que vivir y disfrutar la vida. Si vives con angustia y miedo, cuando estés en tu lecho de muerte te vas a arrepentir de haberte preocupado por cosas que aún no habían pasado”.





Sola era más seguro

Danna Kamila Márquez Camargo
Grado décimo

Era una noche fría del año 2024. La casa estaba en silencio, pero no era un silencio tranquilo; era uno de esos silencios pesados que quedan después de una discusión. Mi mamá lloraba en su habitación y yo estaba encerrada en el baño, sentada en el piso, intentando dejar de llorar mientras una pregunta daba vueltas en mi cabeza: ¿Por qué nunca fuimos suficientes para que él cambiara? Esa pregunta me acompañó durante muchos años.

Todo comenzó mucho antes, cuando yo era pequeña. Mi mamá siempre me contaba que el día en que nací fui la mayor alegría de mis padres, especialmente para mi papá. Sin embargo, todo cambió cuando nació mi hermano; desde ahí comenzaron las preferencias y también las actitudes de mi papá que, poco a poco, me fueron haciendo daño.

Crecí viendo cómo mi mamá lo perdonaba una y otra vez. Él prometía cambiar, decía que ahora sí

todo iba a ser diferente, pero siempre terminaba pasando lo mismo. Las noches en mi casa estaban llenas de peleas y gritos; algunas veces hasta llegaba la policía. Mientras tanto, mi hermano lloraba pidiéndole a mi papá que no se fuera de la casa. Yo veía todo eso en silencio.

Nunca hablaba de cómo me sentía porque siempre ponía primero a mi hermanito. Intentaba distraerlo o hacerlo sentir mejor para que no le afectaran tanto las cosas. Tampoco quería contarle a mi mamá mis sentimientos, porque sentía que ella ya tenía demasiados problemas encima y no quería ser una carga más.

Con el tiempo, todo el peso de la casa cayó sobre mis hombros. Me convertí en el apoyo de mi mamá y en la protectora de mi hermano, pero en ese proceso me olvidé de mí misma. Empecé a sentir que mi felicidad no era importante, que lo único que importaba era que ellos estuvieran



bien. Pero esa noche en el baño algo cambió. Entendí que no importa cuánto ames a alguien, no puedes obligarlo a ser una mejor persona si él no quiere.

A la mañana siguiente, mi papá intentó hablar con nosotros. Usó las mismas palabras de siempre, intentando causar lástima. Recuerdo que una vez le dije:

— Papá, estas son las consecuencias de sus actos. Acéptelas y déjenos en paz. Estamos cansados.

Él me respondió:

— Ustedes son mi vida, Kamila. No puedo vivir sin ustedes.

Y yo solo pude responderle:

— Si realmente lo fuéramos, no habría hecho todo lo que hizo.

Hasta hoy, él no ha vuelto a la casa y casi no tengo contacto con él. Su ausencia me enseñó, desde muy pequeña, a no depender de nadie más que de mí misma, a no pedir ayuda por más que la situación esté fuera de mi alcance y a dejar de

perdonar mil veces a las personas con la vana esperanza de que algún día cambien. También me enseñó, de la manera más dolorosa, que no siempre el amor es suficiente para que alguien decida ser mejor.

Entendí que perdonar no significa permitir que sigan lastimándote, y que a veces alejarse también es una forma de amor propio. Crecí aprendiendo a ser fuerte por necesidad, no por elección, y aunque muchas veces me hizo falta un padre, eso me ayudó a convertirme en una persona más consciente e independiente, con la certeza de que merezco tranquilidad y respeto. Comprendí que no es mi responsabilidad cargar con los errores de los demás, ni mucho menos tratar de justificarlos cuando son plenamente conscientes de sus acciones. Aprendí que hay batallas que no me corresponden y que las personas solo cambian cuando realmente lo desean. Desde entonces, dejé de esperar versiones distintas de gente que siempre termina siendo la misma.



Una tarde con ella

Juana Valentina Reina Gómez

Grado décimo

A lo largo de mi vida y crecimiento, he estado acompañada y rodeada de personas maravillosas que me han guiado y han influido en gran parte de lo que soy ahora: mi forma de actuar, de pensar o incluso la forma en que me expreso o reacciono socialmente. Sin embargo, existe una persona en específico que me ha moldeado y me ha forjado en cada aspecto de mi vida, en mi personalidad, mis gustos, mis pensamientos y muchas otras cosas más; una persona que, desde niñas y muchas veces sin darse cuenta, forjó y creó a una persona desde cero.

Nathalia, mi hermana, es una persona con capacidades y habilidades increíbles; es un mundo entero por descubrir y he tenido la fortuna de poder descifrarlo. Desde el primer día que llegué al mundo, ella se ha encargado de hacer mi vida mucho más divertida. Con ella, las tardes de juego después del colegio eran indispensables en mi rutina: descubrir música o artistas nuevos, jugar en nuestro portátil —que

generalmente era "robado" de la habitación de mi tío— y dejarme llevar por las ocurrencias que se le presentaban en cada juego. Con estas y muchas otras actividades, convertimos la casa en un espacio en donde solo existían nuestras carcajadas, imaginación y unión. Crecer con ella y aprender de ella hizo que, de cierta manera, desarrollará una dependencia a su compañía; inconscientemente, y siendo una niña, empecé a vivir por ella.

Las tardes comenzaban desde que salíamos del colegio. Cabe aclarar que tenía que esperar una hora a que ella saliera de sus clases, ya que nos llevamos tres años de diferencia. Una vez juntas, caminábamos hacia casa y, apenas cruzábamos la puerta, el mundo exterior desaparecía. Nuestro lugar sagrado era un mueble construido por mi abuelo, mi papá y mi tío; era alto, de madera y tenía cinco cajones de gran tamaño para guardar cuantas cosas quisiéramos. Estaba

forrado con papel de regalo de varios programas de televisión. Con el paso del tiempo y con la llegada de las navidades, fuimos llenando el mueble en su totalidad, haciendo que pareciera nuestra propia juguetería. Nos parábamos frente a él, lo mirábamos de arriba abajo escaneando qué juego sería el elegido para comenzar la tarde.



Es así como entre juegos de mesa, canciones, muñecas, internet y una cámara, convertíamos la tarde en una especie de juego interminable e imborrable en donde solo había espacio para nuestras risas, travesuras, pequeñas peleas e imaginación. Se volvía emocionante pensar cuál sería el siguiente juego o actividad que haríamos luego de

terminar la actual. Durante esa época el mundo se sentía diferente, yo me sentía diferente; recuerdo los días más rápidos, la luz más clara y los colores más vívidos. La energía del mundo era distinta; la música de ese momento era una mezcla de electrónica y pop que, al reproducirla mientras transcurría la tarde, nos hacía transportarnos directo al videoclip del tema.

Hoy en día recuerdo esta época con un cariño y una nostalgia inexplicables. Ninguna de las dos se preocupaba por nada y eso hacía que viviéramos la una para la otra, sin ninguna otra obligación o estrés adicional. Como lo mencioné anteriormente, sentía el mundo diferente.



Decisiones difíciles

Sara Samay Sánchez Castellanos

Grado undécimo

El 8 de agosto de 2025 entré a estudiar cuidado estético. Para llegar a esta decisión debo decir que pasé por un proceso muy complicado de introspección. Normalmente no se valoran tanto este tipo de medidas, pero es una de las decisiones más importantes en la vida de cualquier persona: encontrarse en esa crisis de no saber hacia dónde direccionar tu vida, sentir que el tiempo pasa más rápido de lo normal y que, a medida que este avanza, te conviertes en una carga más pesada; el miedo irracional a intentarlo y fracasar, o a no lograr alcanzar lo que la sociedad nos ha vendido como el “éxito”.

Enfrentarse a las críticas de personas despectivas y el deseo de hacer sentir orgullosos a los seres queridos son incertidumbres que genuinamente te llevan al límite, al estrés y a sobrepensar de manera constante. Afortunadamente, en mi caso, fue un proceso en el que me sentí muy acompañada, pero, sobre todo, supremamente respaldada. Sabía que la decisión que tomara

estaría bien y no me sentiría juzgada, al menos no por mi mamá; pero, aun sabiendo esto, las palabras de mi papá cuando le hablé sobre esta opción no dejaban de rondar en mi cabeza.

Mi mamá, a pesar de que siempre fue una mujer muy dura conmigo—inclusive, si antes de este acontecimiento me hubieran preguntado por ella, diría que es una mujer llena de traumas y heridas, frívola, poco amorosa y muy hiriente—, se comportó extrañamente comprensiva durante toda esta crisis.

Un día estaba sentada en la sala de mi casa, que normalmente era el lugar donde me sentaba a pensar a solas y en silencio absoluto. Probablemente me gustaba por su cómodo sillón café en forma de "L", su cobija blanca tejida por mi abuela, una mesa color madera con tres cajones que sostenía el televisor de tamaño considerable, una mesa de centro con muchas flores, un



ventanal con cortinas negras y sus paredes que, por alguna razón, son de diferentes colores y sostienen múltiples cuadros de mi familia y mi niñez. De toda la casa, este era el lugar donde tenía más recuerdos; tenía un aire de nostalgia que hacía aún más difícil pensar en el futuro.

Ella se sentó en el otro extremo del sillón, pero yo estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera lo noté. Me tomó por sorpresa cuando dijo:

—¿Qué le pasa últimamente? Está ahí toda callada y usted habla más que un perdido cuando lo encuentran —dijo en un tono de preocupación, aunque he de admitir que pensé por un instante que solo estaba siendo sarcástica—. ¿Todavía no sabe qué hacer con lo del curso?

Negué con la cabeza haciendo un gesto de tristeza y mi mayor esfuerzo por no llorar. Sentía que hacerlo era mostrarle debilidad, y yo me había encargado de crear una barrera entre nosotras para que pensara que era muy fuerte, que no me dejaba afligir por nada y que no la necesitaba.

—Y lo más triste es que de eso se trata la vida: de tomar decisiones difíciles —continuó ella—. Lo primero que tiene que hacer es entender que no puede tener contento a todo el mundo. La gente siempre va a hablar y a juzgar, pero está en usted qué tanto va a dejar que eso le afecte.

—Es que si fuera cualquier persona no me importaría, pero es mi papá —dije con la voz quebrada y los ojos llorosos—. Me duele mucho que diga que todo esto son bobadas y que, si quiero terminar siendo una "manicurista de mierda", entonces no soy su hija.

—A Diego nunca nada en la vida lo ha tenido contento, ni siquiera cuando usted nació ¡ja! si le contara el problema para ponerle el nombre... El punto es que él ya decidió vivir su vida así, amargado. Él ya decidió lo que quería hacer el resto de su vida y yo también, pero ahora es su turno. Piense en todas sus opciones y, de todas, escoja la que la haga feliz, no la que me haga feliz a mí, ni a su papá, ni a nadie, porque solo usted va a ser quien viva su vida. Si después de eso su elección

sigue siendo esta, tenga por seguro que yo y la familia —los que de verdad somos su familia— vamos a estar orgullosos y la vamos a apoyar. No le tenga miedo a decepcionar a su papá; al fin y al cabo, lastimosamente, él nunca ha querido conocer realmente a la hija tan

he querido, sin importar si mi cariño era o no correspondido. Su opinión ha tenido más peso en mi cabeza que cualquier otra. Mi papá nunca ha estado realmente presente, sé que me da dinero y compartimos tiempo juntos, pero como padre me hace falta. Desde niña, siempre que lo veía, llegaba a la casa con el corazón y los



maravillosa que tiene. Nunca ha querido estar en ese corazón tan grande y puro que usted tiene, pero, a pesar de eso, usted siempre lo lleva ahí y lo tiene presente. Eso demuestra todas las ganas que tiene de amar y todo el amor que tiene para dar, pero, aunque duela, hay personas que simplemente no lo merecen. Ámese más a usted y a ese talento que lleva en sus manos y menos a quienes la hieren y le rompen el corazón, así la vida los haya hecho de la misma sangre.

Esto me hizo replantearme todo de nuevo. Era cierto: siempre lo

sueños destruidos y corría a los brazos de mi abuela. Ella era una mujer que siempre olía a vainilla, usaba sacos de lana y faldas largas; su cabello era negro con canas y sus manitos siempre estaban calientes. Me consolaba hasta que me quedaba dormida, pero yo era muy pequeña para entender: ¿Por qué quienes más debían amarme en el mundo eran tan crueles conmigo? ¿Algún día eso iba a ser diferente? ¿Había algo mal conmigo?

Creo que son preguntas que aún me hago de vez en cuando y que



no he podido responder completamente, pero sí entendí que no siempre quienes te hacen daño merecen una justificación.

Al final, decidí ser feliz. Lo sé porque lo compruebo todos los días con esa sensación que me llena el alma al hacer mi trabajo, esa misma alma que un día estaba tan rota que no tenía forma. Hoy puedo decir que estoy completamente orgullosa de lo que he logrado. No necesitaba que nadie más se sintiera orgulloso; solo necesitaba estarlo de mí misma. Esta elección me trajo miles de discusiones, pero mi respuesta

siempre fue la misma: “no voy a cambiar de opinión”.

Aunque todavía no he culminado mis estudios en su totalidad, sé que voy por buen camino. También sé que en un futuro me voy a agradecer a mí misma por haber tomado estas decisiones difíciles que espero me sigan ayudando a crecer, a forjar mi carácter, a entender el mundo, a quererme más a mí y menos a quienes solo destruyen desde la impotencia y, finalmente, a convertirme en una mujer tan fuerte y valerosa como mi mamá y como mi abuela.



Donde el silencio florece

Laura Alejandra Calderón Sierra
Grado undécimo

Mi historia no empezó con grandes palabras, sino con un silencio que se volvió la banda sonora de mi vida entera. De niña, mi casa era una burbuja de cristal donde el mundo exterior se sentía como un paisaje lejano y, a veces, amenazante. Mis papás, con la intención de protegerme, sin darse cuenta me tejieron un refugio tan estrecho que terminaron enseñándome a sentirme más segura en mi propio mundo que afuera. Así, mi timidez creció como una enredadera de sombra, enredándose en mi voz y asfixiando mi verdadera esencia, silenciando aquellas palabras que nunca me atreví a pronunciar.

Cuando entré al colegio por primera vez, hice de la puerta del salón mi escondite. Me quedaba ahí, observando desde ese límite cómo los demás ya estaban sentados, riéndose y hablando sin esfuerzo. Sentía que había llegado a un lugar donde todos hablaban un idioma diferente que yo no lograba descifrar. Escuchaba con atención y

observaba, pero no lograba sentir que pertenecía a aquel lugar. Por eso, sin dudarlo, acepté la compañía de la primera persona que se acercó; me aferré a ella como quien se sujeta de una rama plagada de espinas, prefiriendo aguantar el dolor de las heridas con tal de no estar sola en un mundo desconocido.

Aunque en el fondo presentía que esa primera “amiga” no me trataba de forma sincera, sino como a alguien que debía seguirla a ciegas, permití que su sombra me cubriera. Durante mucho tiempo, mi identidad se diluyó en la suya; dejé de ser yo para convertirme en el reflejo de lo que ella quería. El miedo a ser rechazada era más fuerte que mi deseo de ser libre.

Sin embargo, los años pasaron y ese silencio que antes me asfixiaba empezó a transformarse. Al llegar al grado undécimo, algo dentro de mí cambió. Comencé a entender que no necesitaba encajar en los moldes de los demás para ser valiosa. El



proceso ha sido lento y, a veces, doloroso, pero he aprendido a soltar esas ramas con espinas que tanto me lastimaban.

Hoy, mi voz ya no está atrapada. He descubierto que el silencio también puede ser un espacio para florecer, un lugar donde puedo escucharme a mí misma sin el ruido de las expectativas ajenas. Aprendí a disfrutar de mi propia compañía y a entender que estar sola no es lo mismo que sentirse sola. Hay una paz inmensa cuando dejo de compararme con los demás, aunque sea por un momento, y empiezo a mirarme con más compasión que juicio.

He empezado a mirar el trasfondo de mi vida y he logrado entender que mi salud mental es lo primero. Ya no busco que las niñas “lindas” me acepten, ni que un niño me mire para sentirme bonita; ahora busco enfocar mi propia mirada. Aún no me he cerrado al tema del amor, pero ya logré entender que, antes de esperar que alguien me quiera, necesito aprender a elegirme y a reconocer cuánto valgo sin depender de nadie más. Empecé a

preguntarme qué me gusta, qué pienso y qué quiero, intentando escuchar por primera vez mi voz por encima de todo lo demás.

Todavía hay días en los que dudo, en los que todo se vuelve más pesado y sigo sin entender del todo quién soy realmente. Pero, a diferencia de antes, ya no me quedo bloqueada en el mismo lugar.

¿Quién soy?

Soy alguien en pleno proceso de descubrimiento y sanación. Una persona que está aprendiendo a reconocerse poco a poco, sin la urgencia de querer desaparecer entre los demás. Este año no es solo el fin de una etapa escolar, sino el proceso de dejar atrás a esa niña que se escondía en las esquinas para abrirle paso a alguien que decide arriesgarse por completo, que se permite fallar y que aprende de cada intento. Aunque no siempre salga victoriosa, hoy tengo el propósito de caminar con la frente en alto, lista para seguir adelante y construir, cada día, la mejor versión de mí misma.



El primer vuelo

Jeanpierre Bernate Fonseca

Grado undécimo

Bogotá, 5:14 a. m., viernes 13 de enero de 2021. Terminal 1, Aeropuerto El Dorado.

Llegamos al aeropuerto más cercano de Bogotá: El Dorado. Desde lejos se veían luces bastante brillantes en un lugar amplio, mucho más grande que los centros comerciales que conocía. El ambiente del sitio era una mezcla de niebla y un poco de lluvia; parecía bastante apagado para ser un lugar de viaje, pero esto se debía al clima habitual de la ciudad en la madrugada. Era un viaje importante para todos, ya que celebrábamos el cumpleaños de mi sobrina. En ese momento yo tenía doce años y viajaba con mis padres. Mi madre, Matilde, vestía un saco negro que siempre usaba y una chaqueta azul con tonos crema en los botones y cintas, la cual resultaba bastante llamativa; como era costumbre, tenía bastante frío y llevaba puestos unos jeans grises con tenis del mismo color y suela rosada, comprados recientemente por su comodidad. Mi padre, Juan, llevaba su característica

chaqueta de cuero que ya había perdido parte de su color por los años de uso; vestía un pantalón jean café oscuro prácticamente nuevo y unos tenis azules de hace algún tiempo.

Al entrar al lugar, la sensación de estar allí era de mucha intriga y curiosidad. Nos acercamos a las pantallas para buscar nuestro vuelo, que tenía como destino San Andrés Islas. Una vez lo encontramos, nos dirigimos a la zona de abordaje. Después de un tiempo, anunciaron nuestro vuelo y nos preparamos para entrar al avión. Al ingresar, sentí un vacío en el estómago y una sensación de miedo combinada con alegría. Mi asiento era el 14F, justo al lado de la ventana. Mientras el avión carreteaba por la pista, mis manos sudaban y mi corazón latía con fuerza. Cuando los motores rugieron y el avión despegó, sentí cómo la gravedad me empujaba contra el

asiento; fue una sensación increíble ver cómo la ciudad se hacía cada vez más pequeña hasta desaparecer entre las nubes.

natural en las rocas. También fuimos a un lugar turístico donde casi terminamos en una pelea, pues nos estaban obligando a comprar algo



El vuelo duró aproximadamente dos horas. Durante el trayecto, me distraje observando el paisaje desde las alturas: las nubes parecían montañas de algodón y el azul del cielo era más intenso de lo que jamás había visto. Al acercarnos a la isla, el panorama cambió por completo. El mar de los siete colores se desplegaba ante mis ojos con tonos que iban desde el azul profundo hasta el verde cristalino. Al aterrizar, el calor del Caribe nos recibió de inmediato, contrastando fuertemente con el frío que habíamos dejado en Bogotá.

En la isla, conocimos diversos lugares. Visitamos el Hoyo Soplador, donde vimos cómo el agua salía expulsada con fuerza por un agujero

solo por estar en el sitio. Esto nos disgustó a todos y resultó en una discusión con la gente local, quienes hablaban en creole. Este es el idioma nativo de la isla; según la historia, al ser un punto de encuentro en la conquista española, francesa y portuguesa, los idiomas se mezclaron entre los esclavos para comunicarse sin que sus captores entendieran.

Durante el tiempo que estuvimos en la isla, y ya que no podía salir a discotecas, decidí pasar el tiempo dibujando. En mis dibujos plasmé la sensación de estar en un lugar nuevo; me sentía bastante alegre de conocer algo diferente, aunque con un sentimiento de nostalgia por saber que debía irme



pronto. Sentía mucha curiosidad por investigar más sobre todo lo que veía. Al final de la semana, terminé un último dibujo donde integré casi todo lo que experimenté en el viaje.

El viaje de regreso fue similar al de ida, con el leve cambio de que la hora y el sentimiento ya no eran de pura felicidad, sino de nostalgia por lo disfrutado y por las personas que

conocimos. Fue un viaje increíble que quedó marcado como mi primer vuelo. Generó en mí la necesidad de conocer más lugares, viajar más y dibujar cada cosa que me genere emociones. Además, este viaje dejó a mi familia más unida y con una nueva perspectiva sobre las pequeñas cosas a las que normalmente no les prestamos atención.



El propósito de cada mañana

Carlos Julián Cardona Pérez
Grado undécimo

Una mañana fría como esta, donde el frío me estremecía cada vez más y el olor a café recién hecho iniciaba a impregnar la casa y recorrer mi cuarto, no era una mañana común. Me desperté con un cansancio inmenso que me consumía segundo a segundo, pero aun así debía levantarme con un propósito: ayudarle a mi padre en el trabajo. Sin darle muchas vueltas al asunto, decidí pararme de mi cama, agarrar mi toalla y dirigirme al baño. Me lavé los dientes como de costumbre; el agua estaba tan fría como la de un manantial. Una vez terminé, me metí a la ducha. Comencé a bañarme con agua tibia y, aunque seguía bajo de ánimos por no haber descansado todo lo que esperaba, poco a poco el agua me fue relajando y liberó la tensión de mi cuerpo, haciéndome sentir cada vez más ligero. Estaba con los ojos cerrados pensando en por qué decidí hacer eso y arrepintiéndome de haber tomado esa decisión, hasta que escuché la voz de mi madre:

— ¡Julián, muévale que les va a agarrar la tarde! Hoy no se me va a ir sin desayunar ni me lo va a dejar servido.

Así que me apresuré, salí de la ducha, me vestí y me dirigí al comedor. El caldo de fideos aún tibio sobre la mesa me esperaba. Me senté, tomé la cuchara y empecé a comer. Poco después, mi padre comenzó a pasarme las cosas que necesitaba para poder trabajar allá: un jean oscuro, una camiseta manga larga y unas rodilleras acolchadas para poder arrodillarme sin lastimarme.

En el transcurso del camino hacia el trabajo, el frío de la mañana golpeaba mi rostro mientras observaba cómo la ciudad comenzaba a despertar. Mi padre, con su paso firme y decidido, me guiaba a través de las calles aún semivacías. Al llegar al taller, el olor a metal y aceite se mezclaba con el aire fresco. Mi padre se detuvo frente a una de las estructuras y, con una mirada llena de orgullo y paciencia,

comenzó a explicarme las tareas del día.

— Mira, Julián —dijo, señalando una pieza metálica—. Aquí es donde comienza todo. La precisión es clave, cada detalle cuenta.



Me sentí un poco abrumado por la magnitud de la tarea, pero la confianza que mi padre depositaba en mí me dio el impulso necesario. Empezamos a trabajar codo a codo. El sonido de las herramientas y el calor del esfuerzo compartido fueron borrando el cansancio que sentía al despertar. A medida que avanzaba la mañana, fui comprendiendo no solo la técnica, sino también la dedicación y el sacrificio que mi padre ponía en su labor diaria.

Cada vez que me equivocaba, él estaba allí para corregirme con una palabra amable y una demostración práctica. “No te preocupes, hijo, así se aprende”, me

decía. Esas palabras se quedaron grabadas en mi mente, dándome la seguridad para seguir intentándolo. Mi primer día fue trabajando y acompañando a mi padre durante dos meses completos en los que estuve aprendiendo un poco de todo. Era sorprendente entender cómo algo que se ve tan simple o normal llevaba tantos procesos detrás; me volaba la cabeza pensar que en algún momento podía llegar a tener los mismos conocimientos que mi padre.



Un día, sin esperarlo y sin darme cuenta, ya manejaba y conocía casi a la perfección todo el camino de ida y de regreso. Conocía todos los procesos que necesitaba una carrocería: lijar, pulir, polichar, enmasillar e incluso pintar. Gracias a mi padre, había podido dominar lo que en algún punto quise hacer. Así que él, al darse cuenta de que ya me sabía manejar solo, decidió ponerme a trabajar a la par: mientras él hacía una carrocería,



yo me encargaba de otra. Logramos una eficiencia mucho mayor y me gané el respeto de muchos en la empresa por haber aprendido tanto en tan poco tiempo y a tan corta edad.

Al final de todo, supe realmente todo el esfuerzo que hacía mi padre para poder levantarse todas las mañanas tan temprano

para alistarse, cargar todos esos implementos e ir a trabajar en cicla. Cumplía con su labor y aun así debía devolverse en cicla en un recorrido de 40 minutos. Ahí realmente conocí la pasión y el deseo de salir adelante para poder devolverle todo ese esfuerzo a mis padres y darles la vida que se merecen, por todas las veces que han hecho cosas desgastantes por mí.



La vez que cambió mi vida

María José Cifuentes Cabulo
Grado undécimo

El ruido de la música del apartamento de los inquilinos me desconcentraba, cada vez se iba haciendo más fuerte, hasta que, de repente, se detuvo. Tomé un suspiro profundo, pues sin ruido todo sería más fácil para estudiar para el simulacro del pre-ICFES que tendría al día siguiente. Esa noche me sentía ansiosa y con un ambiente más pesado de lo normal; la luz parecía estar igual de cansada que yo. En un instante, observé por la ventana y me di cuenta de que Bosa continuaba con su ritmo habitual: motos que resonaban de forma exagerada, perros paseando por la calle y personas que regresaban a sus casas después del trabajo.

En ese momento, me desenfocué por completo de lo que estaba haciendo y sentí la fragilidad de sostener un estilo de vida. No lo niego, tuve pensamientos de querer más sin detenerme a pensar en todo lo que ya tenía. Tomé un sorbo de agua y froté fuertemente mis ojos para volver a mi tarea principal; no

era el momento de distraerme. Paseé la mirada lentamente por mi cuaderno y observé los procesos y símbolos matemáticos, frustrándome porque no entendía nada. La matemática era tan exacta que no permitía el más mínimo error, pero debía intentarlo; no quería decepcionar a mis padres con mis resultados una vez más.

Al final, estudiar siempre había sido mi única responsabilidad, y ahora lo era más que nunca. No se trataba solo de una obligación, sino de un sueño: tener un excelente puntaje para ingresar a la Javeriana y estudiar la carrera de mis sueños. Mientras repetía mis apuntes en voz alta, escuché que tocaron la puerta de mi habitación dos veces.

—Adelante —respondí.

—Aún sigues estudiando, ya son las once. Recuerda que debes descansar para que mañana no te duermas en la prueba, mi cielo —dijo mi madre mientras se sentaba en el borde de la cama.



—Lo sé, pero por más que intento ponerle lógica a lo de matemáticas, no puedo; es muy difícil y te prometí que iba a mejorar —respondí sin siquiera voltear a mirarla, esperando que escribir notas de repaso me diera mágicamente el conocimiento necesario.

Todo se quedó en silencio, lo cual me pareció extraño. Mi madre siempre ha sido una mujer cuya presencia se nota apenas llega; no pasa desapercibida. Miré de reojo y la vi sentada, con la mirada perdida en los patrones color café del piso. En el fondo, sabía perfectamente por qué estaba así.

—Mami, ¿pasa algo? —pregunté.

Levantó la mirada y me observó fijamente; sus ojos reflejaban una mezcla de angustia, frustración y desespero.

—Majo, no sé cómo vamos a hacer este mes —dijo con voz cansada.

—¿Ahora qué pasó, mami? —respondí.

—Amor, son las cuentas, día a día llegan más —dijo tomando su cabeza entre las manos—. Todo me está

cayendo encima, no sé cómo voy a manejarlo.

El ruido de la calle desapareció, fue como si todo se detuviera por un momento. Me sentí prisionera de la incertidumbre sobre el futuro de mi familia y el silencio se volvió incómodo. A inicios de diciembre, a mi abuela le detectaron un tumor cerebral, noticia que devastó a todos. Mi papá se hizo cargo por completo de ella. Aunque era injusto que solo él asumiera esa responsabilidad entre siete hermanos, entendíamos la gravedad y nadie renegó; lo importante era ayudar a mi abuela. Sin embargo, las consecuencias llegaron: mi papá renunció a su empleo y dejó a mi mamá sola con todos los gastos sobre sus hombros.

—Amor, en serio, yo no quiero que jamás te falte nada, ni a ti ni a tu papá, pero como van las cosas, cada vez las veo más difíciles.

Me quedé callada y volví a mirar mi cuaderno, pero ahora entendía mucho menos lo que tenía escrito.

—Ma, yo entiendo, no te preocupes; solo es una mala racha. Estoy segura de que todo se arreglará —dije mientras sostenía su mano.

Ella dejó escapar una pequeña risa y dijo: —No, mi Majo, tú no entiendes nada.

Tenía razón. Hasta ese momento, yo no había aprendido a valorar ni a estar agradecida. Nunca me había faltado nada, cada vez que quería algo, aparecía en mis manos sin esfuerzo. Para mí la vida era fácil y nunca pensé en el esfuerzo detrás de lo que tenía. Pero desde esa noche, nada fue igual.

—A veces uno cree que todo es cuestión de querer, pero muchas veces eso no alcanza.

Sus palabras me golpearon como un choque de realidad, más fuerte que cualquier bofetada. Recordé las veces que dije: “el pobre es pobre porque quiere”. Hoy ya no pienso así. Aunque creo en el esfuerzo, entiendo que las oportunidades no caen del cielo y

que es fácil juzgar cuando nunca te ha faltado nada.

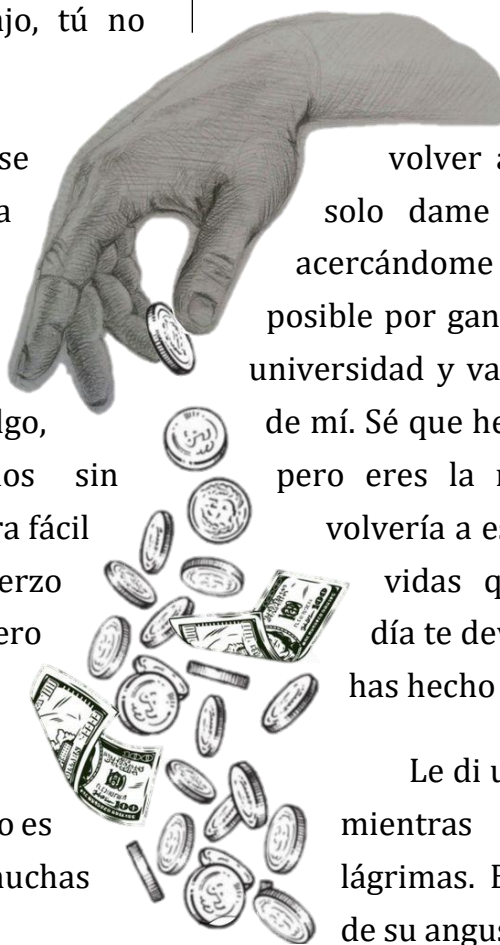
Eran las doce de la noche. Miré a mi madre y detesté verla tan cansada y sin su brillo habitual.

—Te juro que a ti jamás te va a volver a hacer falta nada, solo dame tiempo —le dije acercándome a ella—. Haré lo posible por ganarme el cupo en la universidad y vas a estar orgullosa de mí. Sé que he cometido errores, pero eres la mejor mamá y te volvería a escoger en todas las vidas que existan. Algún día te devolveré todo lo que has hecho por mí.

Le di un beso en la frente mientras escondía mis lágrimas. Ella sonrió a pesar de su angustia y respondió: —

No debes preocuparte por eso. Así se esté acabando el mundo, haré lo imposible para que nunca te falte nada.

Cuando se retiró, me quedé sola y confundida. Esa noche entendí que la vida no es color de rosa, me sacaron de la caja de cristal donde





siempre me habían cuidado. Por primera vez comprendí que no todo se trataba de mis caprichos o metas, sino del sacrificio de quien trabaja con amor por su hija.

El estudio dejó de ser una carga fastidiosa, ahora le tengo cariño y pasión a lo que hago para entregar siempre mi cien por ciento. Aunque a veces me dé pereza hacer una tarea, comprendo la importancia de ser agradecida porque todo lo que

me rodea es fruto del amor. Hoy mi familia se ha recuperado económicamente, pero nuestra calidad de vida cambió. Todo esto me enseñó que la vida no es igual para todos y que hay personas que, aunque se esfuercen el doble, no tienen las mismas oportunidades porque las condiciones no están de su lado. Cada familia tiene sus propias luchas internas y busca, día a día, la manera de solucionarlas.



Qué tan difícil...

Sofía Rivas Rodríguez
Grado undécimo

¿Qué tan difícil es ser niño? Me preguntaba esto mientras entraba a mi habitación, en la que hay una cama grande con un cubrelecho azul, un mueble marrón con un televisor gris encima y una mesita al lado, llena de mis peluches. Esta habitación la comparto con mi mami, aquella persona que suelo ver apenas unas pocas horas al día.

Pero no importa, porque tengo a mis amigos peluches: Pancho, un oso blanco que, por el uso de una niña de seis años, ya se ve gris; y Pirinola, una vaca que suelo ubicar al lado del marrano rosado y despelucado que alguien, alguna vez, me regaló. Así como ellos, tengo otros diez peluches sobre esa mesita marrón. Cada vez que llego a mi casa y me dirijo a mi habitación, los pongo sobre la cama en un orden específico, pues cada uno posee una personalidad diferente que yo misma les inventé. Lo hago con el único objetivo de no sentirme sola.

Suelo hablar mucho, pero no siempre tengo personas que me escuchen; sin embargo, mis peluches nunca me interrumpen ni me piden que guarde silencio. Al contrario, ellos son los que más me escuchan. Creo que por eso me he preguntado tantas veces: ¿qué tan difícil es ser niño? Se supone que solo debo estudiar, hacer tareas e ir al colegio, pero es difícil cuando ocurren burlas y señalamientos constantes que los adultos suelen pasar por alto, pensando que solo somos niños y que eso es “normal”.

De hecho, se burlan de mí por estar despelucada. Las niñas piensan que no me baño, pero es todo lo contrario: mi mami me levanta a las cuatro de la mañana para bañarme y alistarme antes de irse a trabajar. Como yo entro más tarde al colegio, suelo acostarme otro rato y por eso me levanto con el cabello alborotado. He tratado de explicarles que no es falta de aseo, sino que mi mamá trabaja mucho y no puede arreglarme justo antes de irme a

estudiar, pero ellas no pueden entenderlo; sus mamás están todo el día con ellas, y sus papás también. Yo, en cambio, no tengo a mi papi presente, y es algo por lo que aún me pregunto: ¿por qué es tan difícil quererme y estar conmigo?

A pesar de todo, trato de mantenerme positiva. De todos modos, ya tengo a Pancho y a Pirinola. Ellos siempre han estado conmigo, al igual que mi cobija térmica azul con un oso estampado; con ella me cubro cuando estoy sola en casa y me dan ganas de llorar. De hecho, lloro mucho, más de lo que debería; sobre todo cuando me molestan o me dejan sola en el colegio porque soy "la niña fea". Quisiera llegar a mi casa y gritar: "¡Mami, te necesito!", pero ella en muchas ocasiones no está. Suelo esperar y guardar mis lágrimas para soltarlas en un "abrazo de oso" de ella, pero, para mi sorpresa, a veces la que está llorando al llegar a casa es mi mamá.



La veo con los ojos hinchados, la piel pálida y sin esa gran sonrisa que la caracteriza; ahí entiendo que algo no está bien y asumo que lo mejor es dejar mis lágrimas para después.

—¿Qué es todo ese desorden, Sofía?

—¿Tras de que llego cansada de trabajar y usted tiene la habitación así? — exclamó mi madre con un tono que mezclaba tristeza y rabia, una sinfonía inusual que para otros podría ser un ataque, pero yo sé que solo quiere mostrarse fuerte.

—Perdón, mami, estaba jugando con mis peluches y se me olvidó acomodarlos, pero no llores, prometo no volver a desordenar nuestro cuarto —declaré con un nudo en la garganta y unas ganas infinitas de llorar.

—Yo no estoy llorando por eso, Sofía. Su papá no ayuda; no ha mandado ni un peso para usted y ahora me toca pagar pensión, onces, arriendo y servicios... Ya hasta los calzones rotos tengo —respondió ella—.



Estoy mamada de hacer aseo, me duele todo y la gente no es consciente: limpio para que otros lo vuelvan mierda en dos minutos.

La rabia en sus ojos se desbordó en lágrimas y mi tristeza aumentó. ¿Cómo mi padre podía ser tan inconsciente? El hombre que otros ven como un gran militar —alto y serio—, en realidad no lo es. En seis años de mi vida no ha sido capaz de ser responsable por la hija que decidió engendrar.

—Mami, si quieres yo te ayudo a trabajar y así ya no te va a doler nada —dije tratando de apoyarla.

—Sofía, usted solo tiene seis años. Lo único que necesito es que me deje dormir y que cumpla con el colegio. Usted debe ser una buena estudiante.

Mi mamá decía esto mientras se arropaba con el cubrelecho azul para intentar dormir. Yo abracé a Pancho y de él recibí el abrazo que necesitaba. Ese día aprendí que la mejor forma de ayudarla era no ser un problema; debía ser una buena estudiante y tratar de ser feliz para

no poner más peso sobre sus hombros.

Así que no volví a ir despelucada al colegio. No porque ella trabajara menos, sino porque, aunque me seguía levantando a las cuatro de la mañana, ya no me volvía a acostar. Me ponía a estudiar y a hacer tareas; necesitaba mejorar. No importaba si era fea para los demás, solo debía ser inteligente. Las burlas no cesaron, pero aprendí a llorar bajo mi cobija azul, abrazada a Pancho, para que mi mamá no notara mi tristeza. Convertirme en un problema para ella nunca pasó por mi mente. Pero lo que sí persiste es la pregunta: ¿qué tan difícil es ser niño si solo tengo que estudiar y aguantar para no ser una carga más?

Hoy, diez años después, me sigo levantando a las cuatro de la mañana para estudiar y ser una buena estudiante. Sigo esperando que mi papá quiera ser mi papá, aunque ahora estoy más resignada, conservando la ilusión de esa niña de seis años que anhelaba protección. Sigo tratando de no ser un problema; de vez en cuando trabajo para ayudar a mi mamá.



Todavía lloro mucho, solo que ya no comparto habitación con ella. Pancho está en una mesita, pero ya no me abraza; mi cobija azul la uso poco. Ahora lloro frente al celular, preguntándome si de verdad es tan difícil ser adolescente. Las cosas han cambiado: a veces me tiemblan las manos y siento que el corazón se me sale del pecho cuando siento que no soy lo suficientemente inteligente

por una nota baja, a pesar del esfuerzo.

Pero, ¿qué más da? Tengo que esforzarme más; el futuro de mi mamá y el mío dependen de eso. Ya no quiero que ella haga más aseo; quiero ayudarla de verdad, que deje de llorar y que ambas dejemos de preguntarnos:

¿Qué tan difícil es sanar?



Un piano, un reto

Salomé Méndez Romero

Grado undécimo

Era una tarde soleada de un sábado cualquiera cuando fui a visitar a mis abuelos maternos, aquellos que con un abrazo al saludar generan una sensación de amor y protección. Su casa tiene un ambiente tan placentero que se siente una tranquilidad y paz que no se tiene en otro lugar. De pronto, llegó mi tía Sandra un poco afanada, con un vestido negro elegante y un lindo peinado. Su afán me generó intriga, ya que ella suele ser una persona calmada; cuando se ve estresada o de afán es porque algo importante está pasando. En su brazo derecho colgaba un estuche negro, prominente y de forma rectangular, lo que me causó aún más curiosidad: ¿qué era esa cosa tan grande?

Debido a que yo era una niña curiosa de tan solo 8 años que quería saber el porqué de todo lo que sucedía a su alrededor, empecé a observar. Detrás de ella venían mis primos Manuel —aquel hombre que desde pequeño me protegía y con

quien compartía grandes momentos de risas y juegos; era como el hermano mayor que no tenía— y Estefi, mi prima favorita, con quien pasaba horas bailando series y cantando desafinadamente las canciones que nos gustaban en ese entonces. Ambos iban vestidos de manera elegante: él con un smoking negro que resaltaba su gran estatura mientras cargaba un soporte metálico de color negro oxidado; y ella con un corto vestido rosa claro, accesorios en oro y un lindo peinado. Intrigada por la situación, pregunté: "¿Hacia dónde se dirigen?".

Mi tía, con un tono de voz agitado por la prisa, me contestó:

— Princesa, junto a tus primos vamos a una presentación en la iglesia Santo Tomás de Aquino, ubicada en La Aurora. ¿Deseas acompañarnos?

Curiosa por saber de qué trataba dicha presentación, me levanté del sofá prontamente,

acomodando mi cabello crespo, corto y un tanto alborotado por el viento, al igual que mi vestido largo de mariposas que en ese entonces era mi favorito. Ya lista, decidí acompañarlos.

Una vez en la iglesia, empecé a detallar cómo era por dentro. Me sorprendió lo grande que era, los colores que tenía y las grandes figuras religiosas que me hacían sentir que me juzgaban con su mirada, seguramente por las travesuras que hacía y los secretos que no les contaba a mis padres. Luego, entramos a un salón pequeño donde hacía frío y no había imágenes que me señalaran, lo cual me tranquilizó un poco. Me acomodé en las primeras sillas al lado de mi tía para poder ver todo más cerca. Allí pude ver que mis primos estaban acompañados de otros niños de su misma edad y de un señor que, al parecer, era el profesor. Aquel hombre portaba un traje elegante de color negro que hacía juego con su barba.

Todos tenían un instrumento musical diferente, lo cual me generaba mucha intriga. Quería

saber qué eran esos objetos, por qué eran distintos y por qué sonaban extraño. El profesor se presentó brevemente y todos prestamos atención. Empezamos a escuchar las presentaciones de cada alumno con su respectivo instrumento. Después de dos actos, fue el turno de mi primo Manuel, quien interpretó una bella melodía que con cada nota estremecía las fibras de nuestro corazón. La interpretó en ese objeto rectangular que estaba apoyado en la estructura metálica oxidada. De inmediato, aproveché para preguntarle a mi tía: "¿Qué es eso?".



Ella me explicó que era un instrumento musical llamado piano. Para no interrumpir más, me quedé callada y seguí prestando atención

como nunca antes lo había hecho. Mi prima Estefanía interpretó la "Oda a la alegría", lo cual me generó un gran asombro y admiración. Una vez finalizada su intervención, siguió una chica llamada Sara quien, al igual que yo, tenía el cabello crespo, aunque el suyo era más largo. En su piano interpretó "Para Elisa". Al oírla, sentí mucha emoción al ver cómo se movían sus manos para crear esa melodía que conmovía a todos.

Al finalizar, el profesor agradeció a los asistentes por ser parte del proceso musical de sus familiares. Durante el camino a casa, escuchaba con atención las felicitaciones de mi tía hacia mis primos y cómo ellos le agradecían su apoyo. Yo no decía ni una sola palabra, ya que aún no terminaba de procesar todo lo que había escuchado y sentido.

Al regresar a casa, quedó rondando en mi cabeza la idea de si yo también podría tocar el piano. Sin pensarlo más, le comenté la idea a mi madre, quien estaba en la cocina

preparando un almuerzo que olía estupendo. Emocionada, le dije:

— ¡Mami, mami! Quiero tocar el piano como mis primos y hacer presentaciones como ellos.

— Hija, lamentablemente eso no es posible por ahora —me respondió.

De manera triste, le pregunté: "¿Por qué?".

— Hija, en estos momentos no tenemos un piano ni el dinero para comprar uno. Además, vivimos lejos de allí, por aquí no hay academias musicales y el transporte es complicado.

Me dirigí triste a la sala, donde estaba mi tía Sandra descansando y tomando un vaso de agua fría. Le comenté lo que dijo mi mamá y me puse a llorar. Mi tía me abrazó y me prometió ayudarme

a encontrar una solución. Pasaron tres meses en los que no dejé de pensar en el piano; quería sentir esa alegría del público al decirte: "¡Tocas muy bonito!".

Un día, mi tía me llamó para contarme que había convencido a mi madre de iniciar clases en la iglesia, ya que esa academia era una fundación y alquilaban los instrumentos a bajo costo. Además, resultó que mi papá tenía un piano pequeño guardado que me servía para iniciar el nivel básico. El sábado siguiente madrugamos para realizar la matrícula. No me importó el sueño porque estaba decidida a aprender. Mi profesor, Jonathan, me ayudó a armar el piano y me advirtió que el proceso no sería fácil, pues requeriría de mucha disciplina, esfuerzo y práctica diaria.



De ahí en adelante, madrugué todos los sábados a las 10:00 a. m. durante tres años, empezando en 2018. Fueron años de mucho esfuerzo para cumplir con mis deberes académicos y con el piano. Durante ese tiempo aprendí técnicas

y melodías, aunque a veces me frustraba ver que a mi compañera Sara le resultaba más fácil aprender. Sin embargo, mi esfuerzo dio frutos y logré mi primera presentación pública.

Ese día los nervios me invadían. Me sudaban las manos y temblaba levemente mientras escuchaba los aplausos para los demás. El profesor me anunció:

— A continuación, veremos la presentación de una estudiante nueva, Salomé Méndez, quien nos va a interpretar en el piano una bella melodía llamada "El vals de los elefantes". Démosle un fuerte aplauso. Salomé, sal y muestra tu talento.

— Sí, profe —respondí.

Estaba demasiado nerviosa, pero me llené de valentía. Me senté y empecé a tocar. El silencio era absoluto y sentía las miradas fijas sobre mí, tal como las figuras religiosas de la iglesia. Al finalizar, todos me aplaudieron y una señora del público me dijo que tocaba muy lindo. Mis padres lloraban de emoción entre el público. Bajé de la



tarima y corrí a sus brazos; sus palabras de orgullo me llenaron de satisfacción y borraron cualquier rastro de miedo.

El profesor me felicitó y me comentó que, debido a mi avance, necesitaba un instrumento de más octavas. Mis padres accedieron a alquilar uno mejor y, para la Navidad de ese mismo año, me sorprendieron con un piano profesional. Fue uno de los mejores regalos que he recibido. Con él logré interpretar melodías complejas, alcanzando el nivel de Sara e incluso superándolo tiempo después.

En la actualidad ya no tomo clases, pero de manera autónoma toco las piezas que me gustan. Ha sido una experiencia retadora pero llena de aprendizajes. Cada vez que toco para mis padres, les agradezco por apoyarme; ellos me recuerdan lo orgullosos que están y que llegaré lejos con dedicación. Mi objetivo ahora es interpretar canciones aún más difíciles y tocar ante públicos más grandes. Al ver videos de cómo empecé, me doy cuenta de cuánto he avanzado y me hace feliz saber que esa niña de ocho años logró cumplir su sueño. Todo lo que pasé valió la pena.



Un secreto envuelto en una cobija

Laura Calderón Sierra
Grado undécimo

La casa estaba llena de vida. Un ambiente festivo invadía cada rincón, como si la genuina alegría de los invitados hubiera despertado una energía cálida en todo el hogar. En la sala, decorada con globos y serpentinas de vibrantes colores, el aire estaba lleno del murmullo de las risas y las conversaciones entrelazadas; era un ir y venir entre un sinfín de anécdotas, donde todos participaban con risa y nostalgia, celebrando con especial afecto el cumpleaños de mi tío. Conocido en el círculo familiar por ser alguien entusiasta y divertido, él no paraba de hablar y animar aún más el ambiente.

Este animado entorno, lejos de quedarse quieto, se extendió hasta la cocina, que albergaba el bullicio y la prisa de los preparativos finales. Allí, el aroma intenso de la lasaña, el plato favorito del cumpleaños, invadía todo el espacio, mezclándose con el calor de la estufa y el tintineo de los platos y cubiertos. Parecía una celebración cualquiera, una de esas

reuniones familiares destinadas a convertirse en un recuerdo alegre, sin saber que aquella noche sería la última de la vida que conocía y de quien yo era antes de su llegada.

Al día siguiente me desperté con un agotamiento tan pesado que parecía hundirme en la cama, como si todo mi ser quisiera seguir en ese lugar cómodo y calentito junto con mis cobijas, mis peluches y mi pijama. Mi cuerpo me susurraba que siguiera acostada, pero mi mente me decía que ya era hora de levantarme. Logré ponerme de pie y me dirigí hacia la sala; allí el panorama era completamente distinto al de la noche anterior. Ya no había globos, ni risas, ni música; el silencio se había apoderado de la casa, volviéndola un tanto extraña y solitaria.

Me senté en el sofá café de la sala a esperar a que mis padres llegaran. Después de un largo rato, escuché el sonido de las llaves y la puerta abrirse. Me puse de pie rápidamente y vi entrar a mis padres,



pero algo había cambiado: mi mamá cargaba algo o, más bien, a alguien: mi hermano menor.

Lo que sentí en ese preciso instante fue indescriptible; no me alcanzan las palabras para asegurar cómo me sentí. Lo único que sé con seguridad es que, al verlo ahí, mi mundo se reinició por completo. Ese pequeño niño que dormía plácidamente en su cobija no era solo una nueva vida, era el comienzo de un giro en mi historia.

Ser hermana mayor no fue un cuento de hadas; no voy a mentir, hubo momentos complicados, noches de llanto, cambios en la rutina y una sensación extraña de sentir que ya no era el centro de atención. No todo fue color de rosa; tuvimos que aprender, poco a poco y sobre la marcha, a reconstruir una nueva dinámica familiar y a sobrellevar todas las dificultades que

se nos cruzaran en el camino. No obstante, en medio de esos días de caos, aprendí que la verdadera familia no es aquella que es perfecta, sino la que tiene la capacidad de mantenerse unida y aprender cuando el panorama cambia.

Hoy, al recordar ese día, no solo veo la llegada de mi hermano, sino el momento en que dejé de ser la protagonista única de mi infancia. Pasé de ser una niña un tanto consentida a convertirme en alguien capaz de cuidar, entender, compartir y, sobre todo, de valorar el amor incondicional que nos mantiene unidos. Me quedo con la certeza de que, aunque la normalidad se quiebre, siempre podremos construir algo más fuerte, auténtico y especial. Ese giro en mi historia fue, sin lugar a dudas, el mejor comienzo que he tenido.